

# VIDAL-BENEYTO O EL OPTIMISMO EN LA SOCIOLOGIA

La intención de este apartado es conocer y mostraros la realidad de nuestra profesión, contrastando opiniones y actitudes diferentes. Tenemos problemas graves, entre los que quizá cabría destacar la falta de identidad, de reconocimiento social y de autovaloración de nuestras posibilidades y capacidad de trabajo y, lo que es peor, de la propia necesidad y utilidad de la misma.

Por ello, ya en el número anterior de "Cuadernos de Ciencia Política y Sociología" hubo un antecedente: "Malasaña y Lavapiés: Otro discurso sociológico". Pensamos que este es un camino, que sin ser el único, no debemos olvidar.

Vamos a tratar aquí de crear una tribuna de discusión a veces, y para rebuscar en lo escondido otras, con el objetivo de saber que es lo que se considera "problema" en la Sociología y la Ciencia Política como profesiones. Va a ser el gran enigma a resolver en la búsqueda de nuestra identidad. Es un reto que tenemos que asumir si queremos valorarnos y que la sociedad (incluidos los posibles ofertantes de trabajo) nos considere necesarios.

Con esta intención la Revista invitó al profesor Vidal Beneyto a una mesa redonda, a la que asistieron: un estudiante de 5.º de la Facultad, Francisco de la Rubia; dos colegiados en paro, Mercedes Suárez y Ramón Bernabeu; el profesor de la Facultad y tesorero del Colegio, Lorenzo Navarrete, y Amparo Mancebo, por "Cuadernos..."

**LORENZO NAVARRETE.**— ¿Hacia qué conduce el mantenimiento de una estructura formativa cuando los formados no pueden utilizar esos conocimientos?

**VIDAL-BENEYTO.**— Es evidente que las condiciones sociales para el ejercicio profesional de los jóvenes expertos en ciencias sociales no son favorables, y que el paro afecta de forma particularmente grave a los menores de treinta años. Esta discriminación laboral de hecho, aparte de injusta, es, en el caso de los sociólogos, absurda. ¿Por qué? Pues porque en una situación de crisis como la actual los sociólogos son, somos, los específicamente llamados a intervenir analíticamente.

Pensemos, por ejemplo, en la problemática actual del trabajo, en la que no

parece posible que la referencia de las más o menos 1.800 horas/año que define la dimensión cuantitativa de la ocupación personal pueda restablecerse nunca. Así como en el elevado índice de insatisfacción que generan hoy la mayor parte de las actividades laborales. O en la readaptación a los nuevos procesos productivos, que exigirá que casi el 60 por ciento de la población activa adquiera una nueva capacitación profesional, sin que quepa vislumbrar quién y cómo asumirá los costos de la misma. Es decir, no hay, ni parece que pueda haber, trabajo para todos; el grado de frustración laboral para quienes trabajan es cada vez mayor; y la dificultad de financiar los procesos de idoneidad-adaptación a las nuevas prácticas profesionales es casi insalvable. Y, sin embargo, seguimos

en una sociedad en la que el valor trabajo, entendido en el sentido más convencional y tal como se deriva de la tradición hebrea/cristiana y de la marxista, es el eje capital de la organización social. Y ¿a quién cumple sino a los sociólogos acometer el análisis crítico y la reflexión imaginativa que reclama esta paradójica situación?

Lo mismo cabe decir de las consecuencias sociales del desarrollo tecnológico, cuyo inevitable carácter hace imperativo que los expertos en sociedad se enfrenten, sin dilación, con el amplio espectro de modalidades de su posible tratamiento: la robótica, la privática, la producción y difusión de textos por vía electrónica, etc..., no son hipótesis de futuro sino realidades de presente que hay que asumir, que los sociólogos deben asumir, como supuestos positivos de un cambio social orientado hacia el progreso; es decir, hacia la realización personal de los individuos y colectiva de los pueblos.

Insisto. Es absurdo que haya sociólogos en paro cuando el trabajo sociológico hoy es inmenso e inaplazable. Asistimos a una verdadera pandemia de problemas sociales, vivimos en una sociedad en plena crisis en la que el análisis social debería ser un instrumento de supervivencia que permitiera alumbrar nuevos niveles de relación y de organización social. Digo, lo nuestro, el campo de la pericia sociológica.

**RAMON.**— A esas conclusiones llegamos todos mediante nuestra propia experiencia personal, nuestros conocimientos y la capacidad de incidir intelectualmente en la realidad que nos rodea. Pero yo veo dos cosas: la posibilidad de ofrecer, encontrar los cauces

de aportar de forma útil esos conocimientos, esa conciencia. O bien, si esos cauces no van a existir o no van a ampliarse (que yo creo que no), ¿vamos a participar en otro tipo de instituciones..., vida ciudadana, instituciones municipales, pero asumiendo nuestro paro y por tanto negándonos la posibilidad de integrarnos en la vida laboral normal?

**VIDAL-BENEYTO.**— *Participar en ámbitos primarios —asociaciones de vecinos, de barrios, profesionales, deportivas, ciudadanas, etc.— como militantes o miembros de pleno derecho de las mismas, y al mismo tiempo como expertos sociales, me parece un comportamiento enriquecedor y recomendable en el que deberíamos estar todos. Lo que no creo, en cambio, es que sustituya ni suplante nuestra necesaria práctica profesional retribuida. Somos sociólogos y como tales tenemos el derecho y el deber de intervenir profesionalmente en la sociedad a la que pertenecemos y de ganarnos la vida con ello. Que no suceda así es una anomalía que no podemos aceptar, ni*

**MERCEDES.**— Yo creo que el sistema desconfía de nosotros, porque lo que podemos aportar ante esto es un revulsivo para el sistema. Es decir, hay paro y se trabajan ocho horas; se podría trabajar cuatro y reducir el problema a la mitad.

**RAMON.**— De hecho los que ofrecen trabajo son: la empresa privada que no va a utilizar nuestras aportaciones. O las instituciones. ¿Qué posibilidades institucionales puede haber para que nosotros aportemos nuestros conocimientos y nuestro trabajo o la búsqueda de nuevas posibilidades organizativas?

**VIDAL-BENEYTO.**— *Ese es otro problema. Yo no creo que haya ninguna receta disponible y, en cualquier caso, yo no la conozco y por tanto no os la puedo dar. En lo que sí que quiero en cambio insistir es en que el pesimismo de los sociólogos respecto a la legitimidad y al sentido de su práctica profesional, por una parte, no tiene ningún fundamento y por otra debilita nuestra imagen social y mina nuestras posibilidades contractuales.*

**RAMON.**— Yo el trabajo que pueda hacer lo ejerzo a través de canales cívicos. Acudo por ejemplo a las asambleas de la Junta de Distrito. Trabajo ahí, pero de forma personal. No encuentro otras vías. El único inconveniente es que no me veo retribuido. Tengo que buscarme la vida de otras formas. Pero pienso que trabajo hay. Y capacidad de trabajo también. Lo que pasa es que los cauces me los tengo que buscar solo.

**PACO.**— Ha planteado usted antes la Sociología como una necesidad para afrontar la crisis ¿No sería también legítimo plantear el problema como un lujo en una sociedad en crisis económica grave, una crisis de estructuras económicas? ¿No cabe pensar que lo urgente es buscar soluciones a los problemas económicos mismos relegando los problemas sociales para más adelante?

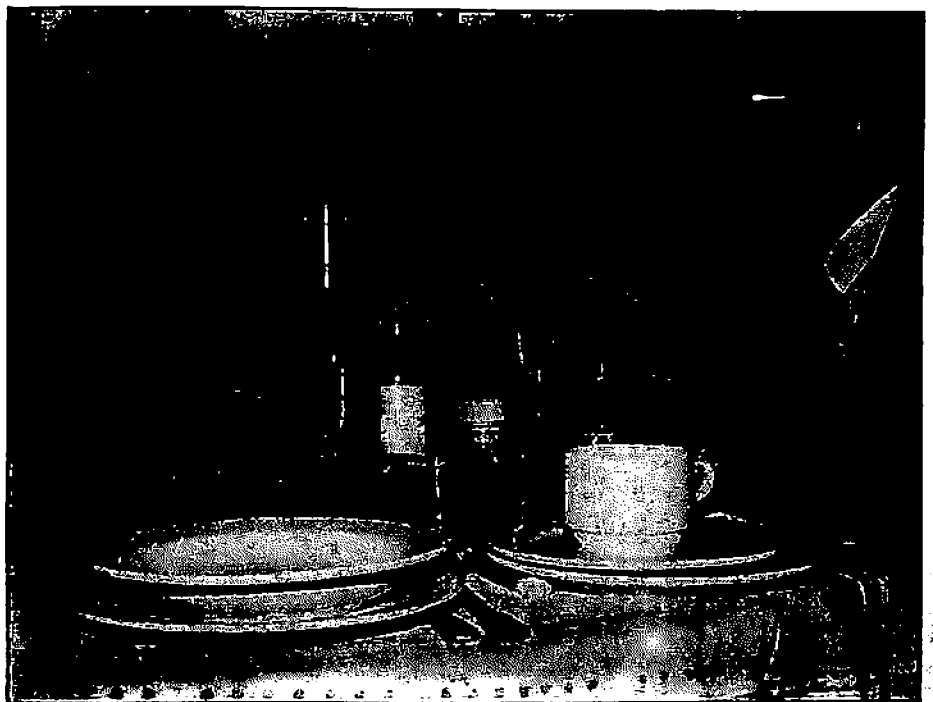
**VIDAL-BENEYTO.**— *No cabe hacerlo porque lo económico y lo social son absolutamente indisociables. En el mejor de los casos se trata de perspectivas analíticas parcialmente diferentes desde las que enfrentarse con una sola y misma realidad. Es muy posible que los economistas, sobre todo los más herméticos, consideren que los flujos de bie-*

*nes y servicios constituyen la dimensión privilegiada de la realidad social. Pero también existen muchos otros, sobre todo en los países en desarrollo, que están de vuelta de la primacía del "homo oeconomicus" y que además piensan con nosotros que las acciones, los procesos, los comportamientos sociales deben abordarse globalmente y que, aunque ese abordaje se practique desde esquinas múltiples y diversas, no se puede perder de vista que la globalidad es una. Pues de otra manera los árboles de lo microsectorial acaban ocultando el bosque de la realidad social que es nuestro objeto.*

**PACO.**— Esto es una lógica del sociólogo, pero la lógica del sistema es, llevando las cosas al último extremo, maximizar el beneficio y cambiar las estructuras para que pueda seguir haciendo.

Se podría reducir todo a una pregunta: ¿tenemos los sociólogos poder o autoridad para vender la mercancía?

**VIDAL-BENEYTO.**— *Nuestro único poder es el de la capacidad científica efectiva derivada de nuestra formación personal y de nuestra calificación profesional. Desde ellas la pregunta puede formularse así: ¿cuáles son las mediacio-*



nes que permiten que nuestras capacidades sociológicas sean utilizadas de la forma más adecuada y eficaz, tanto por y para el sistema social al que pertenecemos, como por y para cada uno de nosotros? Y cuando me refiero al sistema social no lo considero sólo en su dimensión estática, como algo destinado a perpetuarse en una reproducción idéntica, sino también, y sobre todo, en la perspectiva de la auto y de la heterotransformación.

**PACO.**— No me refería estrictamente a la mercancía como objeto de cambio por dinero. Me refería a si nuestro papel de sociólogos lo podemos ejercer contra el propio sistema que busca la ganancia y relega las cuestiones sociales para cuando se haya solucionado la crisis económica.

**VIDAL-BENEYTO.**— No se trata tanto de ejercer nuestra profesión a favor o en contra del sistema, cuanto de que nos hemos quedado sin sistema, o más precisamente sin modelo social. No hay ninguno que funcione. No funciona el modelo social capitalista, pero tampoco el modelo social del llamado socialismo real.

Los padres fundadores creían que la gran tarea del sociólogo era pensar la sociedad. Opino que tenía razón. Lo nuestro es pensar, analizar la sociedad en su globalidad y en sus múltiples y diversos sectores. Tanto desde el punto de vista de los actores como desde el de los procesos. Y cuanto más problemática es la situación y más difícil el análisis mayores son la urgencia y la relevancia de nuestro cometido. Sin falsas manos limpias ni complejos de autoculpabilización. Los sociólogos no estamos condenados a ser instrumentos que favorezcan y/o legitimen la manipulación y el control de los que mandan sobre los mandados. Los sociólogos podemos ser y somos también coadyuvantes de la liberación, del progreso.

**MERCEDES.**— Pero, ¿estamos los sociólogos españoles, los que salimos de la Facultad de Madrid, preparados y capacitados para ello? Y si no lo estamos ¿quién tiene la culpa?

**VIDAL-BENEYTO.**— Sartre solía decir a propósito del quién de la culpa, "à moitié coupable et à moitié victime, comme tout le monde". También en este caso creo que las culpas están repartidas.

La enseñanza en nuestra Facultad, como en la mayor parte de las Facultades de Ciencias Sociales en Europa, no proporciona un saber profesional ni adecuado ni suficiente. Estamos demasiado en la teoría como retórica y en el aprendizaje como entretenimiento cultural o como rito para una titulación. Estamos en el círculo vicioso de para qué capacitarse como sociólogos si no hay salidas sociológicas, y de que cómo va a haber salidas sociológicas si no hay sociólogos capacitados, y eso olvidando el círculo medio ridículo, medio infernal, del sociólogo como instrumento del poder que suscita al sociólogo como vehículo de la revolución.

Es verdad que con mucha frecuencia se prefiere a profesionales de otras disciplinas para cumplir cometidos que nos corresponderían a nosotros. En muchos casos vemos como se elige a un ingeniero agrónomo para tareas propias de un sociólogo rural, a un abogado cuando se requiere un sociólogo del derecho, a un arquitecto cuando habría que acudir a un sociólogo urbano, a un licenciado en arte o en letras cuando la pericia exigible sería la de un sociólogo de la cultura. La lista sería larguísima.

Pero también es verdad que al llegar a la Facultad comenzamos por aprender Historia y Teoría Sociológica como un patrimonio hierático y libresco de gestas intelectuales pasadas, que ni pensamos ni sabemos relacionar con la realidad actual. Cuando su función, aparte de familiarizarnos con el campo científico-social que hemos elegido y en el que queremos especializarnos, es la de proporcionar un conjunto de hipótesis y de modelos teóricos que luego podamos utilizar en el estudio de los objetos sociales —procesos, estructuras, agentes— que nos proponamos como tema.

Apoyándonos en el arsenal metodológico y técnico de que ya disponemos y que es tan válido y tan discutible como el de cualquier otra disciplina científico-social. A mí, en cualquier caso, me parece que el desarrollo de la perspectiva cualitativa en el análisis sociológico, que no descalifica lo cuantitativo para aquello en que sea pertinente, hace de la sociología una de las prácticas analíticas



en ciencias sociales hoy más fiables. Pero claro, hay que atacar con brío el análisis de discurso, el conversacional, el lexicográfico, el icónico, las reuniones de grupo, las entrevistas en profundidad, etc.; sin escupir por ello ni las encuestas ni la estadística, y su cada vez más amplio instrumental de formalización. Y hay que decir que, en general, la afición para entrar en ese aprendizaje técnico es más bien escasa, por no decir nula.

Con lo que se sale de la Facultad habiendo adquirido algunos conocimientos sociológicos, sobre todo de orientación pseudo-crítica, pero no un saber de lo social, entendido como una práctica, como un quehacer profesional, a la par que con una aguda conciencia de la inutilidad del conocimiento en general y de nuestra función como sociólogos en particular.

**MERCEDES.**— ¿Eso no incide en el alumno en el sentido de que nos subvaloramos?

**VIDAL-BENEYTO.**— Sí, sí. Como apuntaba anteriormente, estoy convencido de que todos somos responsables de dos cosas: por una parte, de la escasa confianza que reina entre los sociólogos en relación con la consistencia científica de su disciplina, escasez derivada de la dimensión autocrítica que nos es propia y a la que nos entregamos con disfrute; y por otra, la difusión fuera del gremio de esta desconfianza nuestra, que hace que la consideración social de la sociología como ciencia sea más bien escasa, y que, en consecuencia, nuestros saberes ocupen una posición muy baja dentro del ranking profesional.

Y a pesar de que, como acabo de señalar, la práctica científico-sociológica dispone hoy de un haber teórico y metodológico comparable, con ventaja, a otras disciplinas sociales. Es más, hay campos de la sociología donde la regla suprema del saber social, o sea, la capacidad predictiva, funciona mucho mejor que, por ejemplo, en la ciencia económica. Tenemos, pues, ciencia y tenemos científicos. Pero hay que dotarlos de los medios técnicos y financieros para que puedan trabajar con seriedad. De otra manera se les condena al camelo, a la

chapuza. Que duda cabe que sería importante saber por qué UCD se autodestruye en unos pocos meses y que a dicho fin resultaría capital un análisis de la estructura ideológica de aquel partido. Pero ¿de dónde obtener los millones que lo hagan posible?

**LORENZO NAVARRETE.**— Cuando de hecho interesaría. Aún no se comprende que el sociólogo puede dar explicaciones imprescindibles a hechos sociales. Hasta ahora sólo han pasado por el dato de tipo electoral. Y funciona muy bien. En el resto de los campos aún no se ha asumido.

**RAMON.**— Es un problema de concienciación de los demandantes de trabajo.

**AMPARO.**— Y de desconfianza de la capacidad de trabajar bien que pueda tener un sociólogo.

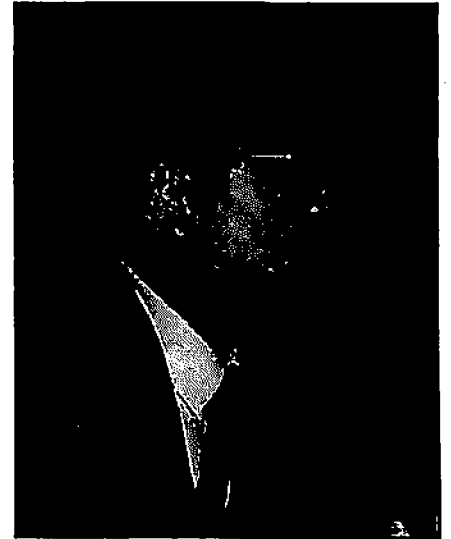
**MERCEDES.**— De hecho yo no me siento capacitada para aceptar un trabajo. Por eso me pregunto como los sociólogos que ya están trabajando "institucionalmente" no crean unos cauces por medio de los cuales podamos hacer prácticas con ellos. En algo concreto, real.

**VIDAL-BENEYTO.**— Es evidente que si la sociología es una práctica científica no se puede aprender más que en su ejercicio, y que si éste no tiene lugar durante el tiempo de la formación básica, en la licenciatura, hay que hacerlo después.

**MERCEDES.**— ¿Pero cómo? Yo veo que la mayoría de los sociólogos que tienen trabajo han estudiado fuera de España. Pero los que hemos estudiado aquí no tenemos posibilidad de hacer un trabajo práctico. Aunque nos lo ofrecieran no sabríamos hacerlo.

**AMPARO.**— Y se hacen como tú decías antes las chapuzas que obligan a desconfiar a los posibles ofertantes de trabajo.

**VIDAL-BENEYTO.**— Me parece evidente que hay que insistir en que el nuestro es un trabajo difícil, que no se puede hacer deprisa, ni sin miedos, que exige una formación tanto teórica como técnico-instrumental importante. Y que todo ello no se improvisa.



En la sociedad española actual, ¿cuáles son los pasos a dar, las acciones a emprender para que nuestra práctica científica se convierta en una profesión reconocida?

A mi juicio, y en primer lugar, hay que dar visibilidad a la sociología. Y lo tenemos que hacer nosotros. Existimos y somos capaces de enfrentarnos analíticamente con la realidad social y dar razón sociológica por ella. Por lo demás, esa visibilidad está aumentando rápidamente. Hoy, por ejemplo, tenemos una presencia en los medios de comunicación mucho mayor a la que tienen otros profesionales de estatus mucho más consolidado, como los ingenieros, los arquitectos, etc. Otra cosa es que sus oportunidades de trabajo sean superiores a las nuestras.

La razón pienso que está en el hecho de que cuando se trata de pronunciarse fundadamente sobre los problemas sociales los medios de comunicación necesitan el respaldo del saber institucionalizado sobre lo social que nosotros representamos, y por eso nos llaman. Pero cuando se trata de vida empresarial no se nos reclama, quizás porque en ese ámbito no se trata de hablar sino de hacer, y piensan que eso no es lo nuestro, ignorando que la sociología es precisamente un "hacer", y que lo que decimos en cuanto sociólogos sólo tiene sentido y validez en virtud de nuestro "saber hacer". Lo demás es mala retórica y mal periodismo.

En segundo término hemos de reforzar la afirmación social de los sociólogos como colectivo profesional. Multiplicando a dicho fin los ámbitos profesionales, llámense asociaciones, colegios profesionales, etc., y agregando las acciones de unos a las de otros. Por eso, y aunque,



*en principio, yo esté contra la corporativización de la sociedad actual, pienso que, en este caso, no podemos situarnos en posición de desventaja y renunciar al arma capital que tenemos en nuestras manos.*

*Como tercer cometido hemos de reclamar la presencia de la sociología en los ámbitos educativos no universitarios. El sociólogo, el analista social debe formar parte de los procesos de aprendizaje de la enseñanza secundaria. Y esa es otra decisiva batalla a dar hasta ganarla.*

*En cuarto lugar son nuestras instituciones profesionales las que tienen que exigir, incluso a nivel legislativo, que a los sociólogos se nos dé lo que nos corresponde, es decir, que para tareas específicas de sociólogos seamos nosotros, y no miembros de otras profesiones, quienes seamos contratados.*

*Finalmente, creo que los sociólogos deberíamos reivindicarnos como inventores de lo social. En una época como decíamos antes de crisis, de mutación, en la que por una parte las instituciones funcionan cada vez peor, pero en la que por otra hay una extraordinaria emergencia de nuevos procesos y de nuevos actores sociales, es capital que alguien con capacitación adecuada intervenga positivamente, mayeúticamente en la fase de gestación, de alumbramiento de la nueva realidad, en la que ya estamos.*

*Lo que decía Ramón sobre su participación en los procesos ciudadanos me parece un buen ejemplo de presencia en ámbitos de producción de lo social, de contribución a la concreción de lo emergente. Apoyados en todo esto no resulta difícil ser optimista.*

**AMPARO.**— ¿No te parece que hay una gran desconfianza entre los estudiantes y los sociólogos de a pie hacia los catedráticos, los famosos santones de

la sociología, que no apoyan ninguna iniciativa, que dan la sensación de acaparar el trabajo y el conocimiento, cuando deberían echar una mano incluso en su propio beneficio?

**MERCEDES.**— Yo pienso lo mismo. No es ya que la sociedad te subvalore, es que tu misma te encierras cada vez más. Y que está muy bien lo que tu dices, Pepín, pero lo que necesitamos son medidas. Que podamos acceder a prácticas, a dar clase en los niveles medios de enseñanza, etc. Y ahí es donde necesitamos a esos profesionales prestigiados. Que nos apoyen, que se mojen.

**AMPARO.**— O que por lo menos crean en su trabajo, porque el colmo es que no hay muchos que crean que el sociólogo es necesario y transmitan ese ánimo como tú.

**VIDAL-BENEYTO.**— Yo..., bueno, respecto a lo de los "santones", entre los que supongo que habría que incluirme, aunque sólo fuese por viejo en edad y en sociología, quiero recordaros sin ánimo excusatorio, que uno de los rasgos más característicos de la sociedad contemporánea es el de la espectacularidad y sus reglas de juego. La primera, la exhibición de lo más conocido, de lo más visible. Los comportamientos públicos de hoy son siempre reiteración de lo notorio, confirmación de lo dominante. En una sociedad-show como la de este final del siglo XX, el lanzamiento de nuevos valores, nombres, caras, es algo muy costoso y aleatorio. Y se apuesta a lo seguro. De aquí que los requerimientos sociológicos se dirijan siempre a los sociólogos más conocidos.

*Por lo demás en una situación de escasez, por no decir de miseria sociológica como la nuestra, todo lo que aparece despierta una voracidad tremenda. Y claro, el que está mejor situado se queda con ello y tiende a ocupar en exclusividad los espacios disponibles. Con lo que la escasez de oferta y la superabundancia de demanda se traducen en un enfrentamiento profesional exasperado y desalentador. Claro que todo esto no justifica nada, ni siquiera lo explica de forma convincente.*

**MERCEDES.**— Creo que eso no soluciona nada. Si los sociólogos tenemos

que tener conciencia de la realidad deberíamos darnos cuenta de que podemos crear campos de trabajo. Otros lo hacen. Vivimos en una sociedad tan mezquina que es imprescindible ser solidarios. Porque podemos crear mercado de trabajo entre todos.

**VIDAL-BENEYTO.**— *Tienes toda la razón. Creo que los "consagrados" no hemos llegado a tener suficiente conciencia de la necesidad de la confirmación socio-profesional de la Sociología. Porque además es obvio que para estar en la cúspide de la pirámide paretiana es necesario que exista la base. O sea, que incluso como peana, los demás son necesarios. Ser el número 1 de 2 es ridículo, serlo de 500 es algo, de 5.000 es relevante, de 500.000 debe ser muy importante. Incluso, pues, desde la perspectiva del interés propio de los "number one" de la sociología española la existencia de un colectivo numeroso y profesionalmente considerado es absolutamente necesario.*

**LORENZO NAVARRETE.**— ¿Y qué opinas sobre como acceder al trabajo práctico?

**VIDAL-BENEYTO.**— *Sobre el trabajo reenumerado pienso que lo hemos tratado suficientemente. En cuanto al no remunerado creo también que es imprescindible. A falta de otro mejor, y para los ya licenciados, el procedimiento de reciclaje se impone. Actividades pues de reciclaje. Y os pregunto, ¿y por qué no tesinas y tesis? Aunque, claro está, ayudadas con becas que deberían multiplicarse para permitir la supervivencia, y con la posibilidad de que sean colectivas que es otra batalla—esta vez académica—que hay que dar a intentar ganar. Ya que si el hacer sociológico es raramente un hacer en solitario y casi siempre un trabajo de equipo hay que conseguir que, en esta fase final de la formación académica, quepa la práctica científica de grupo. Y como el tiempo se acaba, una invitación a ver la botella no como medio vacía, sino como medio llena, pues en vosotros, los de menos de treinta años, el optimismo, la apuesta al futuro como progreso es una condena gloriosa a la que no podéis escapar.*